

EXPERIENCIAS EN EL AULA UNIVERSITARIA: ENSEÑANZA DESDE LO COTIDIANO

Julieta Arcos Chigo ¹

Preludio

El aula es un espacio diverso donde además de experimentar los procesos de enseñanza-aprendizaje encontramos una serie de intersubjetividades que dotan al desarrollo cognitivo de diferentes relieves, aportes, obstáculos y retos para quienes nos involucramos en este proyecto que sucede en cada curso que se inicia. Mi relato tiene como objetivo destacar los elementos que constituyen la experiencia áulica desde una experiencia personal como profesora universitaria en un periodo que involucra la ruptura del paradigma de la escuela y la educación, a raíz de la pandemia de covid-19; y, posteriormente, la organización y la enseñanza que se integraron a la llamada nueva normalidad que trajo vientos distintos para redirigir el barco de la formación de los jóvenes universitarios para la construcción de saberes, a partir de la importancia de las relaciones personales, físicas y afectivas que promueven la creación de valores y conocimientos.

El desgarre de la cotidianidad y las desigualdades educativas

Como lo expresaron los expertos, la pandemia de covid-19 evidenció y agudizó las asimetrías que desde hace tiempo se habían identificado en el campo educativo, debido a lo poco adecuado de las políticas educativas en un país como México, caracterizado por su diversidad cultural y desigualdad social. Se manifiesta con contundencia la carencia de espacios educativos adecuados, escasez de herramientas para la enseñanza y, desde luego, la

¹ Profesora de la Facultad de Historia de la Universidad Veracruzana e integrante del Cuerpo Académico 78 Estudios en Educación.

desigualdad en el acceso a las tecnologías de la información y la comunicación; obstáculos que fueron “el pan nuestro de cada día” para sacar adelante los procesos educativos ante una crisis sanitaria mundial.

Cotidianamente, estudiantes y profesores nos reunimos en las improvisadas aulas virtuales. En el camino apresuramos nuestra alfabetización digital, para que la escuela se trasladara a las pantallas de las computadoras y celulares; no obstante, las condiciones sociales de crisis sanitaria, económica y social provocaron una brecha en el acceso a la educación y el conocimiento. Acuña Ortigoza, y Sánchez Acuña (2020).

La incertidumbre se respiró por largo tiempo ante el contagio de una sepa desconocida y letal que entraba silenciosa a dejarnos sin aliento y con pocas esperanzas de sobrevivir, pues el acceso a la atención médica disminuía ante un sistema de salud inoperante y saturado de enfermos. La salida fue el cierre de los espacios públicos, el aislamiento era la esperanza del mañana; una contradicción para muchos que perdieron sus empleos, su salario, su salud, sus seres queridos. Un ambiente tenso que llevó a los hogares los movimientos y las luchas sociales pendientes, que se detuvieron por la llegada de este virus; entre ellos, la educación formal que tuvo que salir de las aulas para incorporarse a la red digital.

Este escenario fue el telón de fondo del sistema educativo que debía dar repuesta a los distintos niveles y ofrecer certeza de que el ciclo escolar seguiría; su alternativa fue implementar o afianzar el sistema de educación en línea, virtual o híbrido para mantener desde el confinamiento el delgado hilo entre los educandos y sus profesores. La ansiedad que nubló el camino durante ese tiempo, debe ser un motivo para reflexionar respecto al papel que la educación y sus actores tenemos para trabajar por sociedades más justas.

Mi papel como profesora desde la pantalla fue generar conexiones no solo cognitivas sino de fraternidad; un reto difícil ante un muro de

recuadros con letras que solo se dejaban sentir a través de un lejano y tenue audio -en ocasiones entrecortado-, voces titubeantes, otras más fuertes y claras, alguna con ruidos de fondo que daban fe de su vida cotidiana, como las pláticas de sus hermanos y familiares, el radio o la televisión informando de lo acontecido en cada momento, o, bien, el silencio, el espacio más quieto de su casa era el lugar para tomar sus clases. Así empezamos a reconocernos de lo físico a lo virtual.

Esta experiencia me llevó no solo a la era digital, además, usé mi voz para subrayar la importancia de la escuela como un espacio significativo y signifiante. Las posibilidades de comunicación se multiplicaron acercando a todos, no solo a otras universidades, pensamientos y lugares, sino también a modificar la manera de ver el mundo, en donde los hechos se aceleran, pasan de prisa y no permiten reflexionar en las razones de su existencia, así como el impacto que provoca la urgencia de vivir el hoy, y lo inquietante que es no tener tiempo de pensar en el mañana. Las olas interminables de información nos inyectaban ciertas dosis de paranoia que son propias de esta era de la información.

En este contexto, debo indicar que de acuerdo con Acuña Ortigoza y Sánchez Acuña (2020), la escuela no solo es un espacio de creación y libertad que sobrevivió en esta fase de desmaterialización del proceso de enseñanza-aprendizaje que provocó la pandemia, sino que debemos mantener ese aprendizaje social para no perder las intersubjetividades construidas por generaciones; es decir, en el encuentro físico, sensorial y afectivo que forma parte de la creación de saberes y permite la construcción de entornos más igualitarios y de reconocimiento a las diferencias.

Experiencias en el aula universitaria. Una mirada desde la enseñanza de la Historia

La enseñanza de la Historia es muy importante en la concientización de las sociedades, es fundamental conocer las narrativas históricas de los hechos, sus ópticas y sus formas de dar sentido a sus relatos. Este proceso es complejo porque debemos dotarnos de

herramientas que nos ayuden a decodificar los discursos históricos y, al mismo tiempo, a construir narrativas integrales, escribir a contrapelo de los argumentos para construir la nueva historia.

Este proceso cognitivo va acompañado por múltiples factores que se presentan en el aula; esta es el escenario de los debates, la arena de discusión y reformulación de saberes. El aula es un espacio privilegiado que reúne una multiplicidad de ideas y posturas relacionadas con un ejercicio específico de conocimiento histórico, que reconstituye las relaciones entre sus integrantes. Por ello me parece esencial retomar las experiencias que ahí suceden y que dan sentido a la Historia, pero también a los que integramos cada curso, cada asignatura, cada Experiencia Educativa (EE).

La fase del regreso a las escuelas, en general, fue un momento de nerviosismo y emoción que nos devolvió al espacio físico de la escuela; para ese momento, nos sentíamos transformados, nos veíamos como sobrevivientes a un virus que recorrió los distintos rincones del globo.

En este sentido, resulta esencial, en este punto de partida, afirmar que a partir de ahí se planteó y se comenzó a edificar una cultura escolar, tal como la definió Julia (1995), al integrar nuestras experiencias de pandemia y nuestros saberes aprendidos en confinamiento con prácticas escolares que se afianzaron durante el regreso presencial, y que dotaron a nuestro proceso cognitivo de miradas diversas para reconocernos.

Es ahí que mi experiencia en el aula, en ocasiones sin percibirlo, cambió, y ahora debo registrar esas modificaciones. La enseñanza de la Historia en un contexto universitario como es el de la Universidad Veracruzana se caracteriza por contar con un número de estudiantes que oscila entre los 15 y los 25 estudiantes por EE; esto permite contar con una interacción constante y la organización de actividades en donde participan como equipos y de manera individual.

Las sesiones son versátiles porque intervienen y atienden las sesiones, y hay integración de los estudiantes, incluso a pesar de haber tres generaciones reunidas en cada curso, debido al sistema de créditos que prevalece en la universidad; lo cual nos enriquece ya que encontramos participación de distintos niveles en formación y, desde luego, también hacen que el profesor intervenga de forma horizontal en este proceso, porque ellos lo han aprendido desde su ingreso.

Experiencias digitales y cotidianas en el aula

La situación reseñada nos invita a preguntarnos ¿cómo las características de los estudiantes son importantes para mostrar cambios en las prácticas escolares en el aula?, ¿qué elementos son los que se identifican como integrados a la cultura escolar de la enseñanza de la Historia? Esas preguntas nos ayudan a identificar nuestros procesos cognitivos, y, al mismo tiempo, la vida cotidiana hace lo propio con sus expresiones de nuevas intersubjetividades.

Para responder a estas interrogantes, desde mi experiencia personal, primeramente, debemos retomar los elementos institucionales que transformaron las prácticas escolares de la enseñanza. En el caso de mi alfabetización digital, esta no se centró solo en usar las plataformas de comunicación, sino que generé otros elementos para integrar una práctica docente que diera cuenta del proceso de enseñanza-aprendizaje de manera natural al espacio físico integrando. Ejemplo de ello fue retomar las plataformas de *EMINUS* para dar seguimientos a las actividades académicas de los estudiantes. Asimismo, encontramos que las aulas híbridas acercaron a los especialistas a la comunidad escolar, por lo que ahora podemos invitar a nuestras sesiones de clase a académicos de otras universidades, lo cual enriquece nuestros cursos. Estos cambios institucionales se van afianzando con la capacitación de los profesores en ecosistemas digitales propios de la institución, que promueven la creación de materiales que estarán al alcance de nuestros estudiantes.

Esta parte formal se ha integrado como un proceso de retroalimentación y de aprendizaje de estudiantes y profesores. Por otro lado, los resultados de esta interacción modifican los trabajos de evaluación, pues ahora, además de sus ensayos, deben utilizar su experiencia para integrar contenidos visuales que dan otra vuelta de tuerca sobre la enseñanza y la difusión de la Historia. Estos medios y espacios para mejorar la comunicación a partir de los ecosistemas y las redes de la universidad transformaron nuestra vida cotidiana en las aulas; ahora los espacios son un microcosmos, y desde ahí podemos integrar nuevos contenidos a través de los celulares que ingresan a las sesiones de clase con una serie de herramientas y plataformas. Más allá de los logros tecnológicos debo subrayar que hoy la enseñanza de la historia en la universidad está premiada por un esfuerzo para reconstituir las relaciones interpersonales y cotidianas, aunque los procesos son lentos, pero constantes. En mi cotidianidad, integro actividades que tejen los espacios deshilvanados por la vertiginosa modernidad para dar sentido a un espacio cercano, donde los saberes se construyan a partir del reconocimiento y la inclusión, de manera que logremos rescatar esa sensación de pertenencia para dar sentido a la sociedad y aportar a la necesidad de hacer comunidad.

Mi experiencia en el aula me mostró la necesidad de reconstituir relaciones, restablecer lazos de sentido a nuestra cotidianidad, discutir la necesidad de romper con la idea de la eficacia en un mundo donde faltan oportunidades y la toma de decisiones en un espacio que no es el mismo, dejan al descubierto las profundas desigualdades. El aula se ha convertido en un espacio donde se interpela a esos argumentos y se pretende construir una narrativa que rescate primeramente nuevos saberes que integren la necesidad de comunidad, de una sociedad más justa y del reconocimiento a las diferencias.

De esta forma, mi experiencia ha sido de aprendizaje a través del análisis y las demandas que mis estudiantes expresan en el aula, donde coinciden por continuar con las agendas pendientes y detenidas que van acompañadas por disminuir la incertidumbre del mañana, resolver la falta de oportunidades y las libertades ciudadanas.

Este recorrido es muy rápido, pero desde luego marca un antes y un después en las aulas que se ha transformado no solo con los nuevos implementos tecnológicos, sino que asistimos a otro cambio que se observa en las prácticas escolares y en la formación de nuevos lineamientos ante las demandas de equidad e inclusión. También se observa que la cotidianidad está integrada por nuevas aristas, una nueva agenda que se deja ver en las acciones y reacciones de nuestro estudiantado.

Me interesa mostrar cómo desde mi aula, un espacio pequeño, en momentos se tejen historias de cambio que involucran saberes de múltiples instituciones, regiones, personas, conviviendo en un laboratorio de nuevos saberes. Por último, respecto a este reconocimiento de las transformaciones en el aula a través del tiempo, resulta necesario registrar que cada generación no solo tiene su propia currícula o formas de aprendizaje, sino que los procesos históricos que lo marcaron a través de sus generaciones pasadas le dan un nuevo sentido a las aspiraciones y, desde luego, a las luchas para transformar el mundo que les tocó; eso observo a través de la oportunidad de compartir la escuela y vivirla con nuevas generaciones. Ahora es un momento difícil para el mundo, no solo por el cambio climático y las guerras, lo que demuestra la necesidad de observar más de cerca la reconstitución de la vida cotidiana en comunidad.